

¿Podremos pensar en grande como grande es la crisis?

Alfredo Acle Tomasini©

Transcurre un vuelo tranquilo. Los pasajeros están relajados. Los sobrecargos les sirven refrigerios y bromean ocasionalmente con algunos de ellos. De repente, una serie de fuertes saltos rompen la calma. El capitán tan sorprendido como el pasaje, pide que el servicio se suspenda y que todos permanezcan en sus lugares con los cinturones abrochados. Solo se escuchan murmullos. La fuerza de cada sacudida hace los minutos eternos. Sólo se oye el silencio y el golpeteo del viento contra la aeronave. Alguien dice – se va poner peor. Otro tercia – Nunca me había pasado esto. Voces entrecortadas preguntan: ¿Qué nos aguarda? ¿Cuánto durará? Nadie lo sabe. Todos sufren.

Como esos pasajeros asustados que ante el embate del viento toman conciencia de su fragilidad y se hacen preguntas que no tienen una pronta respuesta, así los ciudadanos del mundo nos hemos venido adentrando en esta crisis. De la calma chicha en la que parecía situada la economía mundial y donde había más certezas que interrogantes, hemos pasado de repente a una zona de turbulencia cuyos constantes sobresaltos hacen difícil predecir su duración, porque pese a una sucesión de medidas sus efectos no amainan, mientras problemas que parecían resueltos, reaparecen en la lista de asuntos graves.

Será más duro, nos advierten. En tanto la prensa se regodea buscando la noticia más escandalosa: el mayor número de despidos; el porcentaje más alto de caída de un renglón productivo. Los hechos - exagerados o ciertos - calan en las expectativas, y ante el temor y lo incierto no queda más que el refugio de la prudencia, lo que paradójicamente abate aquello que se desea impulsar: el consumo que despierte los ánimos y encienda la ruedas de la producción.

Ante el cielo encapotado se pronuncia la frase trillada; las crisis son oportunidades, como si éstas fueran siempre hijas de los malos tiempos y como si se nos olvidara que muchos se hicieron millonarios cuando ocurría lo contrario. Si no, por favor, que arrecien las crisis para que todos tengan una oportunidad.

Las crisis son ante todo momentos de alto riesgo, porque la tensión aumenta y las opciones escasean. Las debilidades crónicas se vuelven agudas y lo que ya estaba en estado crítico puede colapsarse y crear reacciones en cadena. Le pasa a un ser humano e igual le ocurre a una nación. ¿Quién, ante la perspectiva de decrecer, puede afirmar que no empeorará el problema de la seguridad y la descomposición social que trae aparejada?

Salir de la crisis hace imperativo que reflexionemos a profundidad y actuemos en grande. Y esto implica atrevernos a entender y examinar la gravedad de nuestra situación, para lo cual hoy más que nunca, requerimos que la madurez política e institucional permita sobreponer los intereses de la nación a los tiempos políticos y a los de sus efímeros protagonistas. De otra suerte, perderemos un tiempo irrecuperable y permaneceremos hasta septiembre, cuando entre la nueva legislatura, atascados en la estridencia de un ciclo electoral, que a la ciudadanía le importa bastante menos que la crisis.

La discusión de cómo, a partir de esta crisis, debemos financiar el desarrollo del país es una tarea urgente, lo que implica analizar de manera integral ingreso, gasto y deuda pública. No perdamos de vista que la situación de las finanzas públicas es muy frágil en la medida que una parte del financiamiento del gasto público no proviene de la operación de la economía sino de un ingreso financiero. Es decir, de la cobertura que se contrató para garantizar un precio mínimo de setenta dólares por barril y que llegará a su fin en el último trimestre del año.

Para las naciones, como ocurre en el ámbito empresarial, la rapidez y efectividad de sus procesos de toma de decisión se convierten en una ventaja competitiva. Ya conocemos hasta el hartazgo, las implicaciones que en la gestión de los recursos públicos tienen las trabas burocráticas, pero su costo es mínimo si lo comparamos con lo mucho que nos cuesta avanzar en el diseño e implantación de las grandes estrategias nacionales. Ahí tenemos como la reforma fiscal y energética terminaron siendo versiones reducidas de su propósitos iniciales.

Actuar en aguas tranquilas es fácil. Hacerlo cuando la tormenta arrecia requiere de gran atrevimiento porque para salir adelante habrá que romper moldes y transformar paradigmas. ¿Podremos abandonar la actitud mezquina de condicionar a los tiempos políticos la discusión y solución de los problemas nacionales? Esto sería pensar y actuar en grande.